

El extraño caso de las familias de artistas

Por Habey Hechavarría Prado

A mi madre, Adela Prado.



El arte, a lo largo de siglos, ha mantenido estrechos vínculos en el ámbito de la familia. La creación artística e intelectual encontró en esta institución fundacional y determinante para el desarrollo humano y social un factor propicio para la evolución histórica de sus distintas manifestaciones. Al reflejarla en sus obras, el arte la ha valorado como un espacio contradictorio e idóneo desde el cual pueden estudiarse los conflictos de la existencia. En cualquier caso, no puede prescindir el arte de la familia, y en no pocos casos la convirtieron en una obsesión. Un ejemplo significativo lo hallamos en el teatro cubano, pues la familia ha sido su tema más recurrente en nuestra historia.

Pero más allá de reducirse a un tópico en las obras, a veces a un símbolo de la sociedad o de la patria, el problema de la familia dentro del arte ocupa una posición más intensa cuando nos acercamos a la formación del artista en el medio familiar. La presencia, abundante siempre, de familias de artistas demuestra la proximidad entre dos esferas de la vida que en principio tal vez parezcan alejadas. De aquí extraemos una primera certeza: el ámbito familiar estimula también las inclinaciones vocacionales de diverso tipo.

La familia puede llegar a ser un elemento determinante en el desarrollo de la vocación artística, siempre y cuando se den las condiciones naturales del talento. La influencia alcanza tal magnitud, que determinadas familias han influido favorablemente en la historia de las artes mediante la acumulación de valiosas obras que han nacido, por así decirlo, dentro de esas familias. Y todavía nacen.

Son innumerables los ejemplos de familias que cuentan entre sus miembros a varios creadores ilustres a través de décadas o siglos. Familias de pintores, de músicos, de escritores, de artistas escénicos, familias donde han convivido diferentes expresiones del arte porque se ha propiciado un estado general de sensibilidad, agudeza y rigor,

nos colocan frente a varias sorpresas e interrogantes sobre la naturaleza del arte y de los artistas, preguntas acumuladas en el imaginario colectivo, superiores a las respuestas de que hoy disponemos. Especialmente nos cuestionamos sobre la influencia genética, las condiciones socio-familiares, los misterios del talento y la genialidad en el hombre.

Ayudará la mención de unos pocos y misteriosos casos, procedentes de distintos países y de distintas artes: la familia Bach, brillantes músicos alemanes cuya genealogía de casi dos siglos brilló entre el XVI y el XVIII, y cuyos aportes ocupan una parte sustancial de la cultura occidental; varias familias de comediantes del arte, como los Biancolelli, durante similar período construyeron una tradición familiar de teatristas que fueron motivo de orgullo para Italia y Francia; la familia Echave, pintores vascos que durante tres generaciones, correspondientes a los siglos XVI y XVII, se destacaron en la figura del padre, el hijo y el nieto (curiosamente llamados los tres Baltasar de Echave), constituyen un innegable estandarte al abrazo del talento con la sangre. También artistas de la plástica, como la familia Holbein (Hans el Viejo, Hans el Joven, Ambrosius y Sigmund), pintores alemanes que se distinguieron en el Renacimiento con obras de excelencia.

En el cine ilustran la relación arte-familia, entre otros, los hermanos y directores rusos Nikita Mijalkov y Andrei Konchalovski, descendientes de la aristocrática familia de los Mijalkov. También se destaca dentro del séptimo arte el clan estadounidense de los Coppola: Francis Ford (director y productor), su hija Sofía (directora y guionista) que, además, actuó para su padre en las tres partes de *El Padrino*; Nicolas Cage (famoso actor, sobrino de Francis Ford y primo de Sofía, que esconde, tras el apellido inglés del nombre artístico, su real apellido), la actriz Talía Shire (en realidad, Talia Rose, hermana de Francis que interpreta a Connie en la saga de mafiosos italo-estadounidenses) y el flautista, director de orquesta y compositor Carmine (abuelo de Nicolas y de Sofía, padre de Talía y de Francis, con el cual trabajó en las películas *El padrino II* y *Apocalypse now*).

Otros ejemplos resultan curiosos. Los escritores franceses, llamados Alexander Dumas (padre e hijo) y autores de las famosas novelas decimonónicas *Los tres mosqueteros*, *El conde de Montecristo* (del padre) y *La dama de las camelias* (del hijo), extendieron su presencia casi durante todo el siglo. Los germanos Heinrich y Thomas Mann (siglo XX); también Jacob y Wilhelm Grimm (siglo XIX) fueron hermanos

narradores que escribieron de conjunto hasta legar una significativa bibliografía tanto para la literatura de adultos como para la literatura infantil.

En Cuba también tenemos numerosos casos de familias de artistas, algunos verdaderamente descollantes. Quizá debido a la estatura y fortaleza de la tradición musical de Cuba, superior en contribución a la de otras artes, pertenecen a esa manifestación nuestros mejores ejemplos. Entre muchas celebridades de este ámbito en nuestro país he tenido que escoger, tras una incómoda pero inevitable discriminación, a un grupo de creadores muy conocidos: los integrantes de la familia de músicos Valdés (Vicentino, Bebo, María Caridad y Chucho), presencia excelente en nuestra actualidad cultural; las talentosas hermanas que durante generaciones han integrado la orquesta de Las Anacaonas; el árbol genealógico-musical de Pacho Alonso y sus descendientes; y la familia López Gavilán-Junco (los esposos Guido López-Gavilán y Teresita Junco, padres de Aldo y Guido), artistas que hoy lucen de forma individual un interesante trabajo, cuando no nos regalan la agradable propuesta de los varios conciertos que han hecho los cuatro como familia.

Más allá de la música, se encuentra la notable contribución cultural de los miembros de la familia Vitier-García Marruz, quienes se empeñan con exquisitez en diversas manifestaciones del arte -también por tres generaciones- pero cuyas columnas son los escritores Fina García Marruz y Cintio Vitier, además de sus hijos, los músicos Sergio y José María. Entre nosotros tienen una posición muy destacada los Alonso, familia de bailarines y coreógrafos, que distingue fundamentalmente a los hermanos Alberto y Fernando Alonso y, por supuesto, a la *prima ballerina assoluta* Alicia Alonso. En el mismo sentido, la plástica contemporánea cubana distingue la obra sólida de Flora Fong y Nelson Domínguez, mientras sus dos hijos se abren un espacio en ese panorama. Junto a otros muchos ejemplos que podrían sumarse en una cantidad amplia de cubanos que han fundido los lazos familiares y la creación artística, termino recordando a los actores y actrices Martínez Casado, extendidos desde el siglo XIX hasta el presente.

La familia, junto a la defensa y al fomento de la vida, la transmisión de paradigmas, el ofrecimiento de condiciones inmejorables para la formación humana y todas las demás influencias directas e indirectas que ejercen sobre la vida, puede inclinar el gusto o el interés hacia determinadas actividades sociales o quizá inducir una vocación. Pero, aunque el saber técnico, el crecimiento de una experiencia profesional y

el desarrollo de una sensibilidad pueden pasar de una generación a otra, y la tendencia común sugiere que el hijo de gato caza ratón, esto no se cumple en el campo del arte.

Sin embargo, el talento sí puede fomentarse en el medio familiar. Tal vez la vida del joven Wolfgang Amadeus Mozart, sometido a las exigencias de un padre impositivo que le obligó a desarrollar sus enormes facultades, demuestre desde el exceso la afirmación anterior. Entonces, el talento puede encontrar o no condiciones para su desarrollo. Podría ser estimulado o cegado a muy temprana edad por la inteligencia o el autoritarismo de algún familiar o tutor, pero nunca los caprichos formativos convierten en artista a quien no nació para serlo, aunque la educación artística forme parte de la formación integral de las personas. El hecho de que alguien no pueda crear una obra de arte, no le impide aprender a disfrutarla y a apreciarla como una zona decisiva de su enriquecimiento espiritual.

De nada vale encapricharse en la formación, como artista, de una persona sin talento. Recordemos que en el arte, a diferencia de tantas otras profesiones, no es posible ser mediano (o mediocre) si se aspira convertirse en un verdadero profesional. Una persona sin talento suficiente sufrirá ante las exigencias de la creación artística. Ni la descendencia de una familia de artistas es una garantía: al parecer, el talento no se hereda. Los padres no pueden transmitirle genéticamente a su descendencia el conjunto de factores físicos, psíquicos y espirituales que conforman ese don casi indescifrable, que es el talento. El artista se forma, pero no se construye. Hace falta una peculiar aleación de vocación, talento y una predisposición natural del carácter como presupuesto para el surgimiento de un gran creador. Cuando sucede tal conjunción de factores, hallamos ejemplos semejantes en misterio y extrañeza a los ya expuestos. En todos ellos, el talento debe verse con una humildad equivalente al don recibido, porque no hay otra opción que reconocer que es un regalo inmerecido, algo que a veces desaparece, pues nunca se posee por completo.

Aquellos artistas que han crecido en un medio familiar afín a su llamado natural, reconocerán que recibieron, de la tierra y de la familia, la leche nutricia del amor y una profesión de servicio como valor, virtud y sentido de la vida.